



Pascal Quignard

Tesoro oculto

Traducción del francés de Silvio Mattoni



PASCAL QUIGNARD

Tesoro oculto

Traducción de Silvio Mattoni

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Trésor caché*
Traducción del francés: Silvio Mattoni

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Éditions Albin Michel, París, 2025
© de la traducción: Silvio Mattoni / El cuenco de plata, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal:
ISBN: 979-13-87605-72-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Ella no tuvo el valor de volver a casa directamente. Pasó por la glorieta. Aguardó un buen cuarto de hora en los semáforos. Allí solían formarse atascos cuando el día tocaba a su fin, mientras el sol se introducía debajo de la muralla. Aparcó en doble fila delante de la panadería. No había nadie. Dejó el motor encendido. Se apresuró. Media barra de pan de salvado. Volvió corriendo al coche. Al apoyar el pan en el asiento trasero vio el pequeño cuerpo envuelto en la manta. Vio esa especie de momia de dolor. Tuvo un acceso de llanto. Cerró la puerta. Volvió a sentarse delante. Apoyó su frente en el volante. Lloró todo lo que necesitaba. Regresaba de ver al veterinario, que había tenido que ponerle la inyección al viejo gato Peer, que justo acababa de cumplir diecisiete años. Peer, el pequeño Peer, con el cual había vivido diecisiete años. Que la había acompañado, día tras día, mañana tras mañana, tarde tras tarde, durante diecisiete años. Al que había amado, día tras día, tarde tras tarde, noche tras noche, despertar tras despertar, desayuno tras desayuno, durante exactamente diecisiete años.

—¿Está usted de acuerdo? Sufre mucho —le había dicho el veterinario.

Ella había aceptado, moviendo brevemente el mentón que ya le temblaba, presintiendo que el llanto habría invadido su voz si hubiese abierto la boca. Había sostenido al pequeño en sus brazos hasta el último instante. Lo sostenía tan fuerte contra su vientre que lo sintió morir. Una tensión súbita. Dos pequeños espasmos muy suaves contra su vientre.

—¿Quiere que lo incineremos?

—Prefiero enterrarlo yo misma en el jardín —murmura ella suavemente mientras las lágrimas se derraman por sus mejillas—: Le daré sepultura cerca de la orilla, donde le gustaba esperarme. Era su reja. Era su rincón. Era su jardín.

Entonces el veterinario lo había envuelto cuidadosamente en la sábana de papel. Luego, una vez en el coche, ella había envuelto la sábana de papel dentro de la manta que siempre estaba más o menos enrollada en la plaza trasera. Había acostado delicadamente el pequeño cuerpo, todo vendado de lana. De regreso a su casa, metió el coche en el garaje, apagó la luz y volvió a cerrar la puerta corrediza. Quiso subir a la cocina con el pan que había comprado, pero de pronto no pudo dejar a su gato en la oscuridad, en el coche, en el frío. No, no podía dejarlo durmiendo en ese aire insano, contaminado de combustible, de pintura, de cartón húmedo del garaje. Volvió sobre sus pasos, abrió la camioneta y lo tomó en sus brazos. En la habitación, le quitó el papel, lo limpió llorando, lo peinó, lo arropó en el suéter al que solía agarrarse, en el que tanto le gustaba hundir su hocico bajo su seno, para cerrar los ojos en esa suavidad sedosa, al olor y al calor de su pecho. Era un suéter muy suave de cachemira negra tan suave como su gato, tan negro como su gato. Las franjas estaban tejidas con hilo dorado. Él se llamaba Peer. Ella se llamaba Louise y lo llamaba Peer. A veces lo llamaba Peiroos cuando estiraba sus patas hacia adelante y las sacudía una tras otra, antes de beber, como para escurrirlas de un agua imaginaria. Peer, Peiroos, Périgord, ¡cómo dormía! Por la noche, instaló al gato dentro de su suéter, envuelto en la manta, acostado en la cama de la antigua habitación de su hija. Era en la cama de su hija —que ya vivía con su marido en Barcelona—, donde al pequeño animal le gustaba poner distancia y tomarse un descanso de vez en cuando. Al día siguiente, apenas amaneció, bajó al jardín en camisón. Llovía. Volvió para ponerse un impermeable sobre el camisón. Buscó en el perchero la capucha amarilla del impermeable. Se

puso las botas de goma, salió, fue a buscar la pala en la casilla, bordeó el río, deambuló, volvió sobre sus pasos y dio vueltas alrededor de la reja, husmeando, escudriñando dónde podría cavar.

De golpe todo quedó en silencio.

Decidió enterrarlo cerca del agua, bajo la madreSelva, cerca del pilar de la cisterna.

Todas las mañanas, cuando hacía su ronda después del desayuno, desde que era muy pequeño, Peer, Petit Père, Périgord, regresaba por ahí, levantaba su hocico, se erguía, estiraba sus patas y jugaba con las hojas más bajas de la madreSelva que se enroscaban por encima de la tierra, por encima de sus propias raíces y de las piedras. Así, su cuerpecito se elevaría, fecundado por un olor que había sido su preferido desde sus primeros días. Un olor a miel y a maravilla rubia, al aire fresco del río, a tierra constantemente húmeda. Un perfume que duraba mucho tiempo, un tiempo tan largo que atravesaba las estaciones. En ese sitio, la tierra estaba tan empapada que resultaba fácil cavar bajo el desagüe, al lado del viejo pilar de piedra que sostenía el alero. Louise cavó, cavó muy hondo. Fue a buscar el cuerpo liviano e inmóvil que yacía en la cama de su hija. Bajó con cuidado las escaleras, llevándolo muy firmemente contra ella. Se arrodilló en la tierra removida. Desplegó el suéter negro con franjas doradas. Y en la lana negra, oscura y opaca, lo volvió a ver con su pelaje a su vez muy negro, muy reluciente, muy bello. Acarició ese pelo donde tan a menudo había hundi-do sus dedos. Tocó con la punta de los dedos los rasgos de su rostro. Sus ojos cerrados. El extremo de su hocico, que se había vuelto tibio con la muerte. Sus bigotes, tan sensibles, ahora inútiles. Sus orejas, tan movedizas, que ya no se estremecían. Tocó su silencio. Sin embargo, estaba casi feliz de verlo, tan hermoso, tan descansado, tan flemático, tan tranquilo. No tenía ganas de llorar. Depositó el gato muerto, que se había vuelto liviano, en el fondo del agujero, volvió a poner encima de él, encima de su boca, de su nariz rosada, encima de sus

párpados, las dos mangas del suéter de cachemira, tiró de la lana suave debajo de él, la estiró y la alisó alrededor y sobre él. Luego lo cubrió, espolvoreando pausadamente la tierra encima de la lana y de la silueta del cuerpo.

Mientras ella desgranaba con lentitud los terrones de tierra, hubo una especie de vacío. Dejó de esparcir la tierra.

Se levantó de repente.

Fue a buscar, cerca de la galería de la cocina, en el pequeño invernadero, una bolsa de plástico que contenía grandes bulbos de dalias. Rompió el borde de la bolsa. Delicadamente, con las manos, en lo profundo del agujero, formando un círculo todo a su alrededor, separó la tierra, e incluso más lejos, hasta el escalón al costado de la pared de la casa que daba al Yonne. Preparó con cuidado la tierra. Fue a buscar la regadera. Mientras regaba la tierra en torno a los bulbos, encontró una pieza de oro. Se arrodilló y encontró otra pieza de oro. Volvió a agarrar la pala y excavó entre el pilar y el escalón. Descubrió una vieja caja de madera, toda destartalada. Sostenía con los dedos la tapa rota, medio podrida y llena de moho. El olor a humedad era muy fuerte. Pero, bajo la tela empapada, cubierta de tierra, ¡cómo brillaba! Desenterró por completo la caja, que se había destrozado bastante con el filo de su pala. Estaba llena de piezas de oro y un brazalete de oro. El fondo era de plomo. Logró sacarla sin que se rompiera del todo. La caja era tan pequeña como pesada. La puso al sol, sobre el escalón. Eran luises antiguos, una moneda muy antigua. Además, había dos anillos que relucían. Había perdido un gato al que amaba y este, al partir, le dejaba un tesoro. Se incorporó y fue a depositar la vieja caja empapada, la tapa de cuero que se había despegado, los luises de oro, los anillos y el brazalete bajo un rayo de sol, sobre el felpudo de la cocina, debajo de la pérgola de la parra. Volvió de nuevo al agujero barroso, cogió una bolsa de mantillo y echó mucha tierra. Luego vertió un poco de abono en el agujero junto al escalón, encima de la cachemira y del gato, apisonó la capa de tierra,

plantó cuidadosamente los bulbos de dalias muy cerca de la superficie. Regó otra vez, rastrilló y esparció semillitas de césped sobre los terrones que las lluvias iban a reabsorber. Trabajó casi una hora en esa tumba. A veces lloraba, a veces se reía. Volvió a rastrillar y contempló. Retrocedió y admiró. Guardó la pala, el rastrillo, el tarro de abono y la bolsa de semillas. Deseó darse una ducha. Saltó por encima de las piezas de oro en el escalón de la cocina. En el primer piso, se lavó entera, incluso el pelo, para alejarse por completo de la muerte, para disociarse enteramente del poder de la muerte. Se vistió del modo más sencillo: una camiseta gris, un pantalón amarillo como la arena y unos viejos mocasines de cuero blando. Volvió a bajar a la cocina y se preparó un café. Ya no llovía. Fue a ver la tumba y se sintió satisfecha. Después regresó y se sentó con su taza cerca del felpudo, sobre uno de los escalones de la cocina que daba al jardín, debajo de la pérgola que sostenía las hojas y los restos de racimos del verano anterior, al lado de la pequeña caja que había roto con la hoja de su pala. Al lado de la tapa de cuero que se había aclarado al secarse. Exhumó otro anillo. Se probó los tres anillos. ¡Qué manchados estaban y qué hermosos eran! Uno de ellos sobre todo, que entrelazaba dos rubíes. Eran de su talla. Había una pequeña serpiente con piedras verdes que se enroscaba sobre sí misma. Pequeños fragmentos de esmeralda que formaban escamas brillantes. El que no le quedaba bien en el anular le quedaba bien en el corazón. ¡Qué encantadores eran sus dedos con ellos! Revisó de nuevo el contenido de la caja. Había unos napoleones. Finalmente, un lingote apoyado en el fondo de plomo. Todo se iba secando al sol. ¡Qué sorpresa! Qué bueno estaba ese café. Qué felicidad. Encendió un pitillo. Uno de los cigarrillos que ella llamaba Maryland en memoria de su madre y de su abuela. En memoria de los recuerdos que se perdían en el fondo de la memoria. Miró a lo lejos la parte baja del jardín, el río, el pontón, la casilla, el pilar del alero con la madre selva, la tierra removida y rastrillada y la tumba invisible. Más lejos, en la distancia,

los pájaros que revoloteaban entre las ramas de los alisos y del avellano a la orilla del río. Las lavanderas de los arroyos sobre las ortigas y los iris. Las lavanderas de vientre verde y de mejillas amarillas. Entonces fantaseó. No le dijo nada a nadie. Pensó en llamar a su hija, Claire, que tenía treinta y un años, que vivía en un lindo apartamento frente al mar, en el puerto de Barcelona. Passeig d'Isabel II. Sobre el 7 Portes. Porque cada puerto es una puerta. Pero se abstuvo de hacerlo. Tampoco a su padre le dijo nada. Tenía la cabeza totalmente en otro mundo. Comprobó en internet el origen y el valor de esas piezas de otra época. Examinó los diferentes lugares de venta. Se informó. Viajó, traspasó la puerta de joyeros, conoció a orfebres, obtuvo pulidos de una belleza que aumentaba a medida que ella se familiarizaba con ellos. Su trabajo le permitía moverse tanto como quisiera. Revisaba y corregía manuscritos para diferentes editoriales; trabajaba como autónoma. Su oficina era su ordenador. Su empleador era su cerebro. Se volvió casi experta en numismática. Financió de ese modo viajes más lejanos. Se deshacía de algunas cosas espléndidas cuando iba al extranjero y deseaba mimarse, tratarse bien, en los hoteles en los que se alojaba.

Dondequiera que vaya ahora en este mundo, voy primero al río que atraviesa la ciudad donde acabo de desembarcar del buque, donde acabo de bajar del tren, donde acabo de aterrizar. Tengo sed de agua. Estoy como impaciente. Le pido al chófer del taxi: antes de que vayamos a mi cita, antes de ir a la biblioteca, antes de que nos dirijamos a la joyería de la calle principal, vamos primero al río. Quiero ver el agua que corre en medio de todas las calles. Deseo apasionadamente verla. Quiero desembalarla de la ciudad que la encierra porque es mucho más antigua que ella. Porque, a causa de ella, la ciudad se edificó en torno a sus orillas, su estuario, su bahía, en otro tiempo. Porque, antes del primer bote, antes de la primera choza, antes del primer muelle, ella la amaba.

Apenas diviso la corriente, el agua oscura, le indico al chófer un lugar para detenerse.

—Dos minutos.

Abro la puerta. Solo cojo el bolso y los cigarrillos. Dejo el abrigo, la maleta, y bajo. Entro en los jardines que bordean el agua. O bien me detengo en el muelle que la domina. Afluentes, cascadas, estanques, ríos, lagos, mares: los descubro y mi mirada se extravía, mi mente se hunde en ellos. Los contemplo en cualquier estado de destrucción en que pueda encontrarlos. Por más sucios que estén. Me gusta ver el agua que pasa. Me tranquiliza. Observo las costas, los recodos, los arcos. Respiro largamente su emanación particular, donde ya se distingue, hasta oprimir la garganta, el olor a diésel, a fuel, a agua de hervir el arroz, a aguas residuales humanas.

Estaba llegando a Metz. Metz es una especie de Venecia. Le rogué al chófer que se detuviese ante el pequeño lago, el molino restaurado, la larga pared de parra virgen que se hunde en el agua e incluso se metamorfosea para formar una larga trenza de liana. Bajé del coche. Apenas el tiempo para un cigarrillo. Un Maryland —que en verdad se había convertido en un Lucky. Soñaba. Recordaba. Escuchaba todo. No es la visión del agua que fluye, que pasa, la amplitud indestructible de su movimiento, ni los reflejos del cielo sobre la extensión del oleaje lo que me impresiona primero, sino que estuviera allí antes de la vida. Cierro los ojos. El agua es, ante todo, una onda que se despliega en el aire, donde mi cuerpo la siente. Una frescura rodea la piel del rostro que está frente a ella y se inclina sobre ella. Es un canto monótono, continuo, sedante, potente, fuerte, impávido, que avanza sin terminar. En el agua me gusta oír el flujo nunca interrumpido del tiempo —anterior a las flores, anterior a los peces, anterior a los animales, anterior a la historia. Cierro los ojos para perder todo límite. Una vez abierto el corazón a esa herida que produjo el lugar que el agua desgarró, eligió, ensanchó, mucho tiempo antes de que aparecieran los hombres, que lo asignó a las nutrias y a los castores, a los belfos de los bisontes, a los hocicos de los jabalíes, a los picos de los pájaros, entonces, en el halo húmedo y hasta en la bruma marina en la que estoy, soy feliz. Puedo reencontrarme con el mundo, la civilización, el negocio silencioso, el taller minucioso, la catedral, la sala de conciertos, el salón de fiestas municipal, la sociedad, la palabrería, la competencia, las emboscadas, las trampas. Porque finalmente, por un tiempo, durante ese tiempo, dejé de ser yo. El chófer me cobró mi manía dejando el motor y el taxímetro en marcha. A partir de ese encuentro con el agua, puedo afrontar cualquier cosa. No hay más que los ríos que pasan. Todo se vuelve río desde el instante en que volvemos a tocar su corriente sin propósito ni rumbo. Mojando nuestra mano en la corriente sin fin. Los hombres, los gatos, los pájaros, las jaulas, los museos, las bibliotecas, desde el momento en que se los per-

cibe como ríos a lo largo de las orillas, desde el momento en que se toma conciencia de una extraña angustia de las estaciones y las edades, todas y todos son restos que se van. Maderas que flotan, hojas. De vez en cuando, pelotas, botellas, patos desfilan sobre las aguas. Escuché su murmullo antes que su significado. Vi su partida, su belleza particular, su movimiento y su despedida. Siempre hay muchas más despedidas que intenciones o intereses en los acontecimientos que vivimos o en las situaciones en las que nos encontramos. Cuando resido en alguna parte, al final de la mañana tomo las callejuelas que conducen a los muelles, las costas, los hangares. En Metz, al igual que en Brujas, no hay más que eso: muelles, canales, puentes de piedra, puentes levadizos, estanques. Estanques en los parques. Cascadas. Fuentes que brotan. Charcos que se formaron en medio de los caminos de grava, pequeñas ciénagas que se excavaron o fueron retenidas en los senderos de arena. Me encanta todo lo que es orilla. Me perturba todo lo que es reflejo. Saludo a los avellanos, igual que saludo a los alisos al amanecer en el jardín que poseo en la orilla del Yonne. Saludo a los álamos, a los pájaros que los habitan, a los sauces que los circundan. Me acerco a rosales que se han vuelto matorrales, páramos, viejas piedras de umbrales cubiertas de musgos marrones, de hiedras de Irlanda, de mimbres o de juncos.

Me inclino hacia ellos como ellos lo hacen hacia el agua.

Murmuro en el fondo de mí:

—¿Quiénes sois?

—Somos humanos nosotros también.

—¿Qué entendéis por humanos?

—Náufragos.

—¿Por qué náufragos?

—Venimos de otro mundo. Venimos de una especie de lago, en el fondo del mundo, que estaba lleno de sombras y en calma.

—En cuanto a mí, no guardo recuerdo de tal calma —les dije.

—¿Cómo puede haberse olvidado hasta ese punto de lo que usted es?

—Me acuerdo de algo muy furioso. Más bien una tormenta.

—Es posible que su nacimiento haya ocurrido en el estrépito de una vociferación o a la manera de un huracán que la haya desconcertado. Pero tiene que remontarse más atrás en su recuerdo para obtener el poco de paz que aún permanece allí, porque ella la concibió.

Así hablan los cardos y las ortigas a los paseantes que saben no despreciarlos. Porque los cardos son guerreros de la Edad Media cubiertos de espinas que nos hieren. Y las ortigas, ninfas de la Antigüedad que, apenas nos tocan, nos queman completamente.

Un día, cuando estaba en Nápoles, después de haber almorzado, había ido a descansar a lo alto de la muralla, en el parque de Virgilio. Me había sentado en la hierba con mi guía azul, con mi paquete de cigarrillos en la mano, al borde del estanque. Al lado de los nenúfares o de las ninfeas. Todo era tan bello. De golpe, se hizo el silencio. De golpe, en ese instante, al mismo tiempo, fui extremadamente feliz y extremadamente desdichada. Entre los iris acuáticos, las piedras mojadas, se alzaba una larga rosa frondosa que el viento doblaba, balanceaba, tan tupida y tan púrpura que parecía una dalia. Súbitamente pensé en Peer. En Peer Gynt. En la canción de Solveig. ¿Dónde estaban las dalias que yo había plantado sobre su pequeña tumba? ¿Hacia dónde quería desorientarme, extraviarme con todos esos viajes que yo multiplicaba? Pensaba en mi gatito muerto, en mi demonio bueno, en su auténtica y oscura suavidad. En su presencia. En la seguridad de su presencia. Pero curiosamente, con vergüenza, no recordaba su imagen. De pronto fui presa de la inquietud. Recordaba muchas cosas, filamentos de cosas, pero entonces, en ese preciso instante, sentada en la hierba, en el parque de Virgilio, había perdido los rasgos de su rostro. Recordaba su peso pero no recobraba en mis brazos el volumen untuoso de su cuerpo. Recordaba

detalles extraños: sus garras, que salían del pelaje negro, que apoyaba en mi muslo para indicar su afecto, que entreabrían mi piel. Sentía su cola erguida y muy suave, que envolvía mi nariz y me impedía leer. Peso convertido en fantasma. Pensé en el poeta Virgilio. Pensé en su sombra errante entre los muertos; en los últimos años de su vida, precisamente en Nápoles. Él trabajaba en ese jardín. Observé el jardín a mi alrededor, detrás de mí. A decir verdad, se había vuelto más inglés que romano. Tan sorprendente, tan melancólico, también él había olvidado que era el parque de Virgilio en Capodimonte. También él había olvidado esas palabras tan bellas de pronunciar, tan bellas para indicárselas al taxista: Parco Virgiliano, via Tito Lucrezio Caro, en la colina del Posillipo.

Era abril.

Y me puse de pie. Contemplaba. Estaba tan feliz. Era algo tan bello de vivir. Con las dos manos apretando la baranda de hierro, observaba los dos golfos, la isla de Nisida, los Campos Flegreos, la villa de Cicerón. Veía la pajarera donde Varrón acumulaba sus libros, la isla de Procida, el cabo Miseno.

En sentido estricto, no olvidaba a mi delicioso fantasma que había perdido su rostro en mi memoria, sino que más bien ese fantasma se mezclaba con el sueño de Virgilio ante el abejorro, con los viejos versos de Virgilio ante la abeja, con los sublimes versos ante la rosa tupida que el viento, uniéndose al aire, balanceaba suavemente para avivar su olor.

Y justo detrás del insecto y la rosa, esa camelia cuyas flores, los botones de flores, empezaban a abrirse bajo la luz de abril.

El poeta latino acudía allí, frente a la rosaleda. Componía sus últimos versos. Quería quemarlos. Yo me decía inexplicablemente: «Viento de viernes no va a misa». Me decía también, y me sigo diciendo a menudo: «Macizo de eléboros con grandes hojas de escarola». Esas palabras eran dulces. ¿Qué quiere decir eso? Nada. ¿Qué quiere decir eso en ambos casos? Nada. Me incliné sobre el agua del estanque en el parque. Luego me incliné sobre la baranda de hierro oxidado. Me incliné

por encima del agua inmensa de la bahía. Recordaba el agua que bordeaba mi pueblo cuando era una niña pequeña: mi gato entonces se llamaba Bee. Bee Biberona. Era una gata con un mentón muy pequeño, todo blanco. Curiosamente, recordaba su rostro, al contrario que el de Peer Périgord, que bruscamente se había sustraído de mi recuerdo. Al menos percibía algo de su rostro marchito entre las sombras de los iris, entre las hojas enormes de los nenúfares, pero no era un rostro de gato, de gata minina, era más bien un rostro de mujer, pero no llegaba a distinguirlo. Todo estaba muy mezclado y se tornaba invisible en los recuerdos.

—¡Qué me vas a reprochar —murmuré— si no te veo!

Entonces creí oír a mi madre, que respondía que sí en el aire fresco de abril. Mi madre había partido cuando yo tenía siete años. Había desaparecido de pronto en un coche, tomando la ruta que sigue la costa del Risle. Había partido sin decir nada, con su bolso, con sus cigarrillos Peter Stuyvesant, a su vez heredados de los cigarrillos Maryland que fumaba mi abuela Bernardine, rodeada de las hermanas bernardinas de Évreux en su patio, bajo las arcadas, con sus grandes cofias blancas. No veía nada en el agua oscura del estanque de Virgilio, pero escuchaba algo en esa agua estancada que no maullaba y que, sin embargo, se quejaba ante mí, que me decía, de manera imperceptible:

—Sí, te reprocho que me olvides. Sí, te reprocho que ya no me reconozcas.

En el puerto de Pozzuoli, Louise se aferró a la baranda lisa de aluminio. Estaba helada. Deseaba dirigirse a Capri, un lugar que nunca había visitado. El hidropuerto llega al fondo del puerto.

La entrada del funicular se abría como la boca del infierno. Aquel abismo la espantaba. No hay peor vértigo que el que provoca ese pequeño funicular destartado que te transporta ruidosamente a lo alto de la cumbre rocosa. Durante todo el ascenso dentro de la roca, Louise cerró los ojos. Se dirigió al segundo cementerio indicado en la guía turística, donde se dice que se pueden ver, en el Cimitero Acattolico, en Capri, algunos versos tallados que fueron regrabados para que todavía sean legibles. No aparece el nombre de ningún autor inscrito al final. Son tres versos que fueron tallados en la misma piedra gris, ofrecidos a la lluvia, al viento, al tiempo:

No sabemos nada de esa partida que no comparte nada
con nosotros.

No tenemos razón de profesar
admiración, amor, odio a la muerte.

Rainer Maria Rilke compuso esos versos en Capri por encargo de la baronesa Gudrun von Uexküll, a la memoria de Luise von Schwerin. Rilke los improvisó. Después los anotó en un trozo de papel que le regaló a la baronesa, a petición suya. No quiso firmarlos. Luego, esta última se los entregó a un escultor de Anacapri para que erigiera ese pequeño monumento.

Apoyando la mano en el borde de las piedras, Louise se inclina. Se inclina sobre la tapia baja del cementerio sin dios, sin poeta, sin nombre. Son los primeros días de mayo. Son totalmente azules. Si ella quisiera, podría tocar con la mano las gaviotas que vuelan sobre su cabeza. Desde allí también, desde allí, además, puede ver el golfo, el mar, las islas, el paraíso, el infierno de Cumas, la silueta doble y marrón del volcán que se mueve un poco y cuyo pelaje oscuro se estremece, el brazo inmenso de la bahía que llega hasta Sant'Angelo d'Ischia.

De repente, un hombre con traje de lino aparece a su lado. Se aferra al borde de la tumba. El sombrero de paja rueda hasta ella. Ella se precipita hacia adelante. Le tiende la mano. Él se levanta. Qué pálido está. Sus cabellos son muy negros. Qué delgado está.

—Gracias, gracias. Estoy bien. No es nada —dice él en inglés.

Apoya su brazo sobre la tapia baja. Hay jacintos azules sobre las tumbas.

—Hace mucho calor.

Louise recoge el sombrero de paja amarilla y se lo tiende.

—Gracias —dice él en italiano.

—¿Es usted inglés?

—No, soy de Colonia —le responde él, en inglés, no obstante—. Nací en Colonia, donde viví de niño. Me llamo Luigi.

Ella lo ayuda a caminar. Beben un vaso de agua en la terraza de un restaurante.

—Comamos algo —le dice entonces él—. Eso me subirá un poco el azúcar.

Ella acepta.

—Luigi.

—Louise.

Ellos aman los diálogos.

Delgada y esbelta en su vestido de verano azul. Sola en el aire azul, espumoso y casi un poquito tormentoso de bruma al fi-

nal del día. Todo es azul en la isla. Ella abandona la primavera. Se despide de los pequeños jacintos azules del cementerio no católico. Volvió a bajar en el funicular, por el agujero del infierno. Volvió a tomar el barco. Se quedó en el puente. Con las dos manos sobre la baranda, en el aire vivaz de mayo que levantaba sus cabellos y en la sombra de la tarde que caía, ella miraba el mar. Qué hermoso es. Siempre fue hermoso. Una especie de grisalla dorada. «Es curioso –se dice–. Ese tesoro inesperado que le debo a un gato atento, delicado, encantador me volvió más solitaria. Más solitaria aún que cuando Jean me dejó, perdiéndose en otra parte de su propia vida, al otro lado del océano, en los éxitos». Se sentó en el banco de madera. Miraba sus manos sobre las rodillas, sus anillos, tan viejos, tan recientes y luminosos, su brazaletes. Sus dedos tan largos, tan pálidos, con tendones azules. Desde hacía años, ya, solo con ellos se amaba. ¡Qué solitaria se había vuelto! Lo que había vivido después de todos esos años, ¿podía siquiera decir que se lo había confesado a ese gato que se había ido y que había vivido junto a ella? No, lo que ella había vivido no lo había compartido en verdad con nadie. Ni siquiera consigo misma. Su alma se había cerrado. No, algo en su memoria se había secado. No, no era algo tan clausurado, tan cerrado como un cerrojo. No era ni un cerrojo ni un desecamiento: todo se hundía en ella sin agitación. Desaparecía sin dejar rastro, sin dar señales, sin confesión, sin confidencia. «Viento de viernes no va a misa». ¿Qué quería decir eso? Nada. A veces hay amores bloqueados en el silencio, como viajeros bloqueados por la nieve. No llegan al domingo. A veces hay que dejar el coche en la ventisca. A veces hay que dar media vuelta en la ruta en zigzag, en la ruta de montaña que se muestra demasiado áspera, demasiado vertiginosa, demasiado penosa. A veces es preciso volver a la estación anterior, hay que saber dar marcha atrás, adonde uno era feliz.

El hotel inglés –el jardín tan cuidado de Sorrento que ella descubre ahora– tiene cedros, palmeras, plátanos, hibiscos, orquídeas, jazmines innumerables. Ella anuda dos veces los cordones de cuero que estira con sus dedos, el pie apoyado sobre la estatua de piedra. Esa fuente vienesa o alemana es la del parquecito del maravilloso hotel con pensión completa donde alquiló una habitación por dos noches en el acantilado de Sorrento. Un chorro de agua brota gorgoteando de la boca abierta de un leoncito. Ella moja los dedos en esa agua ruidosa y fría que escupen los viejos dientes de piedra ennegrecidos. Después, las dos manos enteras. Se moja la cara. Las piedras y el oro brillan en sus dedos. Visita las islas. Las buganvillas se abren en cascada sobre los melocotoneros, los limoneros, los naranjos, los almendros. Ya hace mucho calor. Solo una camisa de hombre casi demasiado amplia cubre su falda. Sus pies están descalzos sobre el pequeño sendero costero de arena. Se cruza con una alta y hermosa turista del hotel, que sube los escalones. Vuelve de bañarse, con el largo cabello rubio todo mojado y una gran toalla de baño en la mano. Louise le pregunta:

–¿Dónde queda la playa privada que posee el hotel?

La joven turista le indica con la mano el viejo ascensor que baja hasta el agua. Ella viene de Gotland. Tiene el cabello dorado, los ojos dorados.

–Gracias.

El ascensor que debe tomar no es peor que el funicular de la isla de Capri, aunque no es menos inquietante. Desemboca en otra pequeña entrada al infierno camuflada entre las rocas. Una vez llega a la ventanilla que permite acceder a la playa, Louise le dice al encargado el número de su habitación.

Ella se quita la camiseta, se introduce, con el torso desnudo, entre los arbustos marinos y las pequeñas algas, se moja el pelo, se pone el gorro, muerde un tubo, se pasa la mano por el vientre para mojarlo, y avanza en el agua fría –tan terriblemente fría– del mar Mediterráneo en primavera, en la sombra

oscura de las rocas que bordean la costa, en las algas, en lo negro. Desaparece.

Una golondrina de color gris pálido –al menos de bello vientre gris– llegó y se posó durante un largo rato sobre la balaustrada de madera azul del dormitorio de Sorrento. Extraño pájaro: en un primer momento lo había tomado por una mariposa negra.